

## Homenaje a Carlos Manuel Muñiz en el trigésimo aniversario del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales

Natalio R. Botana

Hoy, el día en que el CARI cumple treinta años, es el momento más propicio para traer a nuestra memoria a Carlos Manuel Muñiz. Con estas palabras me sumo pues, amén del editorial que le dedicó el diario *La Nación*, a las evocaciones de sus viejos amigos Alberto Rodríguez Galán y Juan Ramón Aguirre Lanari dichas en las Academias que él había integrado, y al testimonio que escribió Félix Peña en *Archivos del Presente*, como yo un amigo más reciente. Debo repetir lo que es obvio. Aquí estamos congregados para recordarlo y despertar de nuevo su rostro, sus gestos y su voz.

Como sabemos, Carlos Muñiz nació en 1922, en los años de la Argentina que anunciaban un porvenir ascendente. Veinticinco años después, cuando Muñiz culminaba sus estudios universitarios, la Argentina había cambiado radicalmente, no tanto porque se había interrumpido aquel proyecto de movilidad vertical para los sectores populares –lejos de ello- sino porque se había instalado entre nosotros, potenciando antiguos antecedentes, otra aventura más acelerada: la aventura de la discordia.

En una cultura fracturada por una crisis de legitimidad, política y social, proliferan las interpretaciones que agitan el ánimo. Una tarde, al caer la noche, yo tenía entonces a mi cargo la secretaría académica del CARI, Muñiz me hizo saber la importancia que tuvo en su juventud la lectura del ensayo *Radiografía de la pampa* de Ezequiel Martínez Estrada. Ponderó ese libro con unas expresiones típicas de su modo de decir las cosas: “tan serio, tan bien trabajado”, pero de inmediato confesó, con otro giro del lenguaje que se complacía en repetir, que el libro “no construía”. No hay por qué extrañarse de esta conclusión: Cuando se publicó la *Radiografía...* Borges adujo que ese “admirable estudio” de Martínez Estrada, “escritor de espléndidas amarguras”, se inscribía en la escuela de “la interpretación patética de la historia”.

¿Por qué recuerdo espontáneamente este episodio? Tal vez porque este breve relato echa luz sobre uno de los atributos más consistentes de la personalidad de Muñiz. En medio de un patetismo con nostalgias impregnadas en un acre sabor a decadencia, que agitaba el pensamiento e infundía en los actores el contrapunto vehemente del amor y del odio, Muñiz representó el polo opuesto a ese incesante desfile de pasiones. Nada más alejada de una personalidad patética que la de Carlos Muñiz. Nada más ajeno a la estridencia, al

denuesto y a esa manía argentina de revolver el caldero de los desencuentros. Siempre una sonrisa, forzada a veces porque no era sencillo mantenerla constantemente a flor de piel, para expresar, aun sin palabras, una sensibilidad alerta frente a toda clase de circunstancias.

Sin la sensibilidad, sin esa compasión teñida de humanidad y de ternura hacia la persona; sin ese resorte que mueve sentimientos y siente moralmente lo que a diario encierran los pequeños y grandes acontecimientos; sin esa sensibilidad, la silueta de Carlos Muñiz carecería de un indispensable complemento del alma. La sensibilidad, digo, entendida como un genio de dos cabezas: la sensibilidad que albergó el sentimiento religioso y tuvo en mira el horizonte artístico –Muñiz amó la poesía, la pintura, la escultura, los espacios arquitectónicos de las plazas antiguas-, y la sensibilidad que, en el plano práctico de la vida pública, se caracteriza, antes todo, por la capacidad de respuesta ante la incertidumbre de los hechos y por la inteligencia para elegir colaboradores.

Esta última facultad de elegir bien a quienes habrían de acompañarle, de conservar con fidelidad a los colaboradores y amigos personales o políticos, para encauzar razones y pasiones en procura de un objetivo común, es otra marca distintiva del hombre que hoy conmemoramos. De aquí, naturalmente, se deduce el concepto práctico que Muñiz tenía de la política. Otra noche, en su casa de la calle Parera, después de comer (¡y qué bien se comía en aquella mesa hospitalaria, rodeada de tallas resplandecientes!), Muñiz dijo a un grupo de amigas y amigos que no era un hombre político. Si era cuestión de política de partidos tal vez tuviera razón. Sin embargo, esa negación, formulada sin mayores matices, ocultaba más que revelaba al dejar de lado otro rasgo connatural a su persona. En realidad Muñiz hacía política constantemente. La hizo, qué duda cabe, en los diferentes cargos públicos que desempeñó –subsecretario del Ministerio del Interior, embajador, ministro de Relaciones Exteriores- y la seguía haciendo como presidente del CARI.

Pero se trataba de una acción política entendida como forma de entendimiento interpersonal. Vale decir: la política como diálogo discreto, como paréntesis de cordialidad en la puja por el poder, que se repliega en ámbitos circunscriptos. Por eso Muñiz fue, por antonomasia, un diplomático. No fue un político o un parlamentario de tribuna, tampoco un orador brillante, pese a que tenía el don de transmitir su entusiasmo a la audiencia, ni un investigador consagrado a producir una abundante obra, aunque lo que produjo era riguroso y estimulante. En rigor, Muñiz fue un espíritu socrático que enseñaba para construir. Espíritu socrático porque andaba por la ciudad, no tanto para poner en duda los datos adquiridos sino para construir uniendo elementos dispersos (señalo al respecto que siempre recordaba una revista que fundó y a la que llamó, precisamente, *Ciudad*).

Muñiz rechazaba con disgusto el lado pesimista de la vida, fraguado a golpes de intolerancia y resentimientos. Esa oscuridad, ese escarbar en los errores para destruir y tirar por la borda los mejores proyectos, despertaban en él sino la indignación, por lo menos la indiferencia. Otro día, al comentarle una agresión desconsiderada acerca del CARI, publicada en una hoja intrascendente, Muñiz reaccionó diciendo: “¡Pero no, querido, no hay que leer esas cosas!”. ¿Significaba esta reacción acaso el desliz propio de un hombre timorato, encogido ante ese ocasional desaire? En absoluto. Esas piedras en el camino no merecían atención alguna por el simple hecho de que podían demorar la tarea diaria de ese infatigable hacedor. No hubo desvíos en el propósito que gobernó su vida entera: construir instituciones, echar cimientos para hacer más civilizada la dimensión pública de la vida.

Al influjo de ese propósito invariable, hace tres décadas Muñiz puso manos a la obra para levantar su institución más querida: el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. No quisiera abundar esta tarde en lo mucho y valioso que se ha dicho acerca del CARI. Sí quisiera destacar aquello que ha hecho del CARI un ejemplo de concordia. Cualquier propósito, grande o pequeño, modesto o ambicioso, arrastra consigo una historia. En el camino de experiencias de gobierno y diplomáticas que Muñiz había transitado desde 1955 se cernía a cada recodo del trayecto la esfinge de la discordia. Con su voracidad para alimentarse con nuevos condimentos de violencia, la discordia hacía las veces de una esfinge inmutable: pasaba el séquito de las facciones en pugna y ella permanecía de pie.

Muñiz y los compañeros de su generación habían soportado en carne propia esa secuencia de prepotencias y exclusiones. Algunas veces lo habían hecho en la intemperie de quienes se oponían a un régimen; en otras oportunidades, asumiendo ellos mismos esa carga productora de proscipciones y exclusiones. Muchos de esos dirigentes exploraron algún terreno presuntamente fértil para reconciliar los opuestos a partir de 1958 y aunque las querellas y la falsa conciencia de los dogmatismos ideológicos infligieran a esas intenciones varias derrotas, Muñiz jamás cejó en el empeño de volver a construir lo que el pasado había demolido.

Se me ocurre, al menos les ruego aceptar estos pensamientos como hipótesis sujetas a refutación, que el propósito liminar del CARI se asentó sobre esa experiencia. El 1978, año de muertes y de algarabía deportiva, se había consumado ese gran despliegue de la discordia que había envuelto la trayectoria pública de Muñiz. ¿Cómo salir de esa encerrona? ¿Cómo reunir de nuevo lo que la historia había separado?

Diversos escenarios podían seleccionarse para ensayar una respuesta. Los había ambiciosos para extinguir la discordia entre los grandes partidos nacionales y los había

más modestos con objetivos menos pretenciosos, pero no por ello menos necesarios. En ese repertorio de posibilidades, Muñiz eligió este último capítulo. Detectó, simplemente, en aquel enjambre de pasiones, un interés común capaz convocar a los antiguos enemigos a un recinto, a una mesa en donde practicar el arte de la conversación sustentada en el estudio, la investigación volcada en seminarios, las conferencias o la difusión de documentos e informaciones. Mediante esa acción de hablar con respeto recíproco un conjunto de personas, el CARI se convirtió muy pronto en un hogar de referencia y de diálogo.

Cuando pude observar de cerca ese espectáculo para nada estridente, recordé una reflexión formulada a modo de interrogante por Jean Monnet, el padre de la Unión Europea: “¿No era acaso nuestro método, cualquiera fuese el problema a resolver, hacer que los hombres se encontrasen para hablar de la misma cosa y extraer de ella su interés común?”. ¿En qué consistía ese interés común? Muy sencillo, se trataba de meditar juntos acerca de la Argentina en el mundo exponiendo mutuamente argumentos racionales. Bajo el concepto ya consagrado en los medios académicos de relaciones internacionales, el CARI pretendía entonces abrir las puertas de un novedoso foro a la dirigencia argentina para escuchar la palabra de académicos, legisladores, ministros, jefes de Gobierno o Jefes de Estado que visitaban nuestro país. Una tribuna digna que antes no existía.

El propósito era por cierto limitado. Por esa prudente restricción, el CARI tuvo la energía suficiente para durar, crecer y adquirir, paso a paso, el atributo de la legitimidad. Si hubiese sido una institución aplicada exclusivamente a nuestra política exterior con documentos y declaraciones propias, de apoyo o de crítica, otro hubiese sido su destino. Probablemente el de una institución polémica, proclive a suscitar divisiones y no dejar satisfecho al conjunto.

La expresión el “conjunto” era otra de las preferidas de Muñiz. Imbuido de esta visión general el CARI no debía ser un lugar de toma de posición institucional, sino un espacio donde convergiesen, en la mejor tradición académica, una pluralidad de posiciones. Del mismo modo como Muñiz observó en Brasil la importancia estratégica que reviste la formación de cuadros burocráticos del Servicio Exterior, así también sus antenas, siempre sensibles a otros modelos, percibieron el rol que desempeñaban los consejos de relaciones internacionales en los Estados Unidos. De ambos casos extrajo lecciones para un trasplante que, de inmediato, adquiriría visos de originalidad.

Claro está, un foro de esta naturaleza debía abocarse a poner en práctica un estilo poco frecuente en nuestro país. Me refiero a una praxis del pluralismo capaz de incorporar, en el seno de la institución, a familias políticas de distinto signo. La mesa de la conversación debería pues agrandarse para abarcar, por ejemplo, en las figuras de ex ministros de

Relaciones Exteriores, las familias de tradición justicialista, de tradición nacionalista, de tradición demócratacristiana y de tradición desarrollista. Todas ellas se sentaron en la mesa común. Después de treinta años, lo siguen haciendo, ampliando el abanico de las incorporaciones con nuevas generaciones de diplomáticos, académicos, empresarios y profesionales.

Señoras y señores, amigas y amigos, como ustedes bien saben, la conversación y el diálogo entre sujetos libres es una apuesta a favor de la paz. Muñiz aborrecía la guerra, aún a sabiendas de lo difícil que es construir la paz entre los pueblos. Creyó que, para apaciguar las pasiones y promover la paz, era necesario mancomunar, en un mismo proyecto, una ética y una estética de la existencia. En la medida de la imperfección humana, pensar bien y argumentar mejor con la ayuda de un ambiente impregnado por las voces del silencio del arte, como decía Malraux. Para Muñiz la razón y la belleza educaban al unísono: una mediante la deliberación pacífica, la otra merced a un callado influjo igualmente inspirador.

Actividad y contemplación. Basta recorrer con nuestra mirada las paredes y salas de reunión de esta casa –adquirida gracias a la generosidad de quienes acompañaron semejante empresa- para percatarse de la presencia de esos genios invisibles, los duendes benignos que acompañaron a Muñiz. Decía Francis Bacon, hace de esto algunos siglos, que había una clase de hombres –los llamaba en latín *legislatores*- que después de su partida seguían orientando los asuntos humanos a través de las instituciones que habían instaurado. Este es mi homenaje, amigas y amigos: no recordemos tan sólo a quien se ha ido sino a quien, en esta casa, aún vive entre nosotros.